

FUNDACIÓN **MAPFRE**

¿Policía o fotógrafo?

Alfredo Gómez Cerdá

Instituto de
Seguridad Vial



¿Policía o fotógrafo?

ALFREDO GÓMEZ CERDÁ nació en Madrid. La literatura siempre ha sido el eje fundamental de su vida. Con once años empezó a descubrir que un libro podía ser un espejo, donde verse reflejado, y una ventana, por la que mirar al mundo. Entonces empezó a soñar con ser escritor. Ha pasado ampliamente del centenar de libros, la mayoría para niños y jóvenes, por los que ha recibido importantes reconocimientos, como el Premio Nacional. Ha sido publicado en más de veinte países. A pesar de eso, tiene claro que aún le queda por escribir lo más importante.

El programa Educación Vial en el Aula es una iniciativa del Instituto de Seguridad Vial de FUNDACIÓN MAPFRE para fomentar las buenas prácticas viales en los centros docentes.

Dirección de proyecto: Instituto de Seguridad Vial de FUNDACIÓN MAPFRE

Coordinación: Instituto de Seguridad Vial de FUNDACIÓN MAPFRE

Edición y diseño didáctico: Diseño Comunicación

Diseño y maquetación: David Sueiro y Elena Fernández

© Del texto: Alfredo Gómez Cerdá

© De esta edición: Instituto de Seguridad Vial de FUNDACIÓN MAPFRE

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

I.S.B.N.: 978-84-9844-443-8
Depósito legal: M-24.531-2013

¿POLICÍA O FOTÓGRAFO?

Alfredo Gómez Cerdá

FUNDACIÓNMAPFRE

**Instituto de
Seguridad Vial**

Nadie me consultó a la hora de programar lo que llamaban unos días de vacaciones. Al decir nadie, como es natural, me refiero a mis padres. Con quince años y medio solo he conseguido que escuchen mis propuestas, que las analicen incluso; pero lo cierto es que hasta ahora nunca he logrado que las tomen en consideración.

Me di cuenta enseguida de que iba a ser inútil quejarse, pues los dos se habían puesto totalmente de acuerdo, sin fisuras, sin resquicios por donde introducir mi descontento y, por consiguiente, mi protesta.

No me apetecía pasar unos días de vacaciones tan pronto, con el verano recién estrenado. Ninguno de mis amigos se había marchado aún

y, lo que era peor, estábamos haciendo planes para pasarlo de miedo sin salir del barrio. Además, era el momento que yo había elegido para declararme a Ekaterina, alias *La Rusa*, aunque en realidad era de Bulgaria, que cada día me gustaba más, es decir, que cada día gustaba más a todos los chicos de la pandilla. Si me marchaba, iba a dejar el camino libre a los demás, sobre todo a Víctor, que ya le había echado el ojo, y cuando volviese no tendría nada que hacer.

Protesté, claro, pero como sospechaba, no sirvió de nada.

Mi madre estaba *superestresada*. Esa era la palabra que repetía constantemente, y necesitaba con urgencia desconectar unos días de su trabajo.

Mi madre es policía. Pero no es una policía cualquiera. Trabaja en la Brigada Criminal. Tengo que reconocer que por este motivo he fardado de madre en muchas ocasiones. ¿Quién puede presumir de una madre trabajando en la Brigada Criminal, de policía, en primera línea, deteniendo a asesinos peligrosos? Aunque a mí

nunca me habla de ello, sé que es una *crack* con las armas, campeona de tiro, capaz de acertarle a una mosca en vuelo a veinte metros de distancia. Además, es cinturón negro de kárate y solo con un certero golpe de su mano es capaz de tumbar a cualquiera.

La profesión de mi padre es más difícil de explicar. Es una mezcla de pintor y fotógrafo. Ha hecho varias exposiciones, algunas de cuadros y otras de fotografía. Las de cuadros son un poco raras. Bueno, no es que sean raras, lo que ocurre es que no se sabe muy bien lo que quiere decir su pintura, al menos yo no encuentro explicación. Las de fotografía se entienden mejor. Él siempre se queja de que en las exposiciones no se venden muchas de sus obras, por eso también trabaja como reportero gráfico para algunas revistas y en una agencia de modelos. Yo siempre me he interesado por las fotos que hace a las modelos, pero él se niega a enseñármelas porque dice que algunas chicas llevan muy poca ropa. No sé si se habrá dado cuenta de que es precisamente este último detalle el

que más me interesa. Por ello, como es natural, también he fardado de padre con mis amigos.

Así pues, mi madre pedía a gritos unos días de vacaciones en el mar y, de repente, sus deseos se unieron a los de mi padre. He de decir ahora que mi padre lleva años preparando la que él considera su mejor exposición fotográfica. ¿El tema? Pues... el tema es difícil de explicar, pero trataré de hacerlo: cruces y pequeños monumentos funerarios que se han erigido en distintos puntos de las carreteras, justo en los lugares donde ha fallecido alguna persona en accidente de tráfico. Sí, ya sé que alguno pensará que mi padre está como una cabra. Yo también lo pienso a veces.

Tiene guardadas miles de fotografías sobre este tema. En cuanto localiza uno de estos pequeños monumentos funerarios —él los llama así— sale pitando para hacerle fotos. Y cuando viajamos con nuestra caravana, nos recrimina si no vamos pendiente de las cunetas por si aparece alguno de improviso. Tiene fotos sacadas en Grecia, Croacia, Alemania, Francia, Italia,

Bélgica y no sé cuántos países más. Yo las he visto y tengo que reconocer que son muy buenas. Algunas impresionan mucho.

Todos sus amigos ya están al tanto y en cuanto descubren una cruz en una cuneta le llaman por teléfono para avisarle.

Hace unos días le llamó un amigo para decirle que había localizado cuatro pequeños monumentos funerarios en la misma zona. ¡Cuatro nada menos! Tres estaban situados en un paraje de media montaña y el cuarto muy cerca de la costa, junto a un precioso pueblo, de esos que en verano se llenan de turistas. Los cuatro objetivos se encontraban en un radio de cincuenta kilómetros, por consiguiente, todos cerca del mar.

Mi madre se *desestresaría* y mi padre se hincharía a hacer fotos. Perfecto. Perfecto para ellos, claro está.

Mi padre se llama Toni Valdeón. ¿Os suena su nombre? Es algo famoso. Tiene cuadros en tres museos de arte contemporáneo; dos en España y el otro en Alemania.

El nombre de mi madre no lo puedo decir. Ella, por su trabajo, prefiere quedar en el anonimato.

Yo me llamo Paul, que se pronuncia *Pol*. Mi padre se empeñó en ponerme ese nombre porque era el de dos de sus pintores favoritos: Gauguin y Picasso. Siempre me he preguntado por qué no me llamó Pablo, en castellano. Habría sido más sencillo. Eso sí, prefiero Paul, eso da un toque de... Buen, no sé de qué, pero me gusta.

He de explicar cuanto antes que, aunque yo esté escribiendo esta historia, no soy escritor ni tengo intención de serlo. Mi profe de Lengua dice que no lo hago mal —gané un premio de relatos en el instituto—, pero yo tengo otros planes para mi vida. ¿Qué planes? Buena pregunta. Lo malo de las buenas preguntas es que suelen tener respuestas difíciles. Es complicado saber lo que uno quiere hacer con su vida a los quince años y medio. Y al menos tener esta certeza ya es un gran paso, creo yo. A nuestra edad, más bien, vamos desechando cosas. Yo he

desechado muchas, aunque no lo parezca; pero tengo que reconocer que no he desechado ser policía, como mi madre, ni fotógrafo, como mi padre. Sí, de mi padre me quedo mejor con la fotografía; si algún día soy capaz de entender sus cuadros quizá cambie de opinión.

¿Policía o fotógrafo?

A veces me hago esta pregunta. No lo tengo claro, aunque es posible que no sea ni una cosa ni la otra.

Como de costumbre, viajaríamos en la caravana. Nos gusta mucho viajar en caravana. Con la casa a cuestas, como dicen mis padres. Con la caravana hemos recorrido prácticamente toda Europa. Bueno, más bien la han recorrido ellos. Algunos viajes los hicieron cuando yo no había nacido y otros, aunque ya estaba en este mundo, era tan pequeño que no me acuerdo de nada.

De vez en cuando les pregunto:

—¿Yo he estado en Viena?

—Sí, claro —responde mi madre—. Pasamos un verano recorriendo Austria en la caravana. Tu debías de tener... cuatro años y medio.

¡Con cuatro años y medio cómo voy a acordarme de Viena!

—Estuvimos en un camping que tenía una piscina enorme de acero inoxidable —añade mi padre—. No salías del agua.

Lo de la piscina de acero inoxidable me sueña; pero, ahora que lo pienso, ¿a quién se le ocurriría hacer una piscina de acero inoxidable?

Comenzamos con los preparativos para el nuevo viaje a esa zona de la costa donde había cuatro monumentos funerarios en las cunetas. Nos instalaríamos cerca del mar, a ser posible en una playa y, desde allí, mi padre, con sus cámaras en ristre, buscaría esos lugares.

He estado a punto de escribir el nombre del pueblo, pero he preferido no hacerlo, sobre todo pensando en mi madre. Ella, como se verá más adelante, se vio implicada en... Bueno, no adelantemos acontecimientos. Pero, por ese motivo, mantendré en secreto el nombre del lugar. Baste con decir que era una zona de la costa mediterránea.

La caravana la guardamos en un camping de las afueras de Madrid. ¡Ah, se me había olvidado decir que vivimos en Madrid! En esta ciudad

he nacido y he vivido toda mi vida. No está mal Madrid, pero cuando sea más mayor tengo intención de viajar por todo el mundo. Tal vez encuentre un sitio que me guste más.

Como mi madre estaba de servicio, mi padre y yo nos acercamos al camping a preparar la caravana. Yo ya me había ofrecido a lavarla por dentro y por fuera. A cambio, mi padre me soltaría cuarenta euros, que es lo que le cobraban en el camping por hacerlo. ¡Cuarenta pavos extra nunca vienen mal a mi edad!

Trabajé a conciencia, pues la caravana llevaba varios meses sin usarse y había permanecido a la intemperie. No es una caravana de las más grandes, aunque tampoco de las más pequeñas. En una ocasión mi padre me dijo que pesaba alrededor de dos mil quinientos kilos. A mí me pareció muchísimo, pero parece ser que es un peso habitual de las caravanas. Después de dos horas de trabajo, puedo asegurar que quedó reluciente.

Mi padre, mientras, aprovechó para revisar algunas cosas: el estado y la presión de los

neumáticos, los anclajes, las conexiones... Mi padre —y esto no lo he dicho todavía— es un manitas. Además de hacer fotos y pintar cuadros, es capaz de arreglar enchufes, cambiar grifos, arreglar una plancha... También entiende un poco de mecánica, por eso estuvo engrasando algunas piezas, tirado en el suelo.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Estoy echando un vistazo a los ejes y a los frenos. Todo perfecto.

Después, me explicó lo importante que era revisar la caravana antes de ponerse en marcha.

—Hay conductores que se creen muy responsables porque revisan a conciencia su coche antes de viajar y, sin embargo, se desprecupan de la caravana. Las dos cosas tienen que estar a punto.

Le estuve ayudando a colocar en el coche los espejos retrovisores supletorios.

—Sin estos espejos no veríamos lo que tenemos detrás, pues la propia caravana nos impediría la visión —me explicó.

Luego colocamos el enganche, que es una pieza fundamental. Mi padre solo lleva el enganche

desplegado cuando hay que remolcar a la caravana, el resto del tiempo permanece oculto bajo la carrocería.

Revisamos también el interior de la caravana. Todo tiene que estar bien sujeto, para evitar que pueda caerse sobre la marcha, y las cosas más pesadas deben estar en el suelo y nunca en los altillos de los armarios. Llenamos los depósitos de agua y comprobamos que todas las puertas encajaban correctamente.

Había llegado el momento decisivo. Mi padre acercó el coche marcha atrás. Yo le dirigía para tratar de conseguir que el enganche del coche coincidiese con el de la caravana.

—¡Perfecto! —le grité.

Enganchamos la caravana, asegurándonos de que todo estaba en su sitio, y acoplamos las conexiones eléctricas.

—Este cable tan gordo tiene trece conexiones —me volvió a explicar mi padre—. No puede ser ni muy corto, para que llegue bien de un extremo a otro; ni muy largo, para que no cuelgue.

Ahora tocaba verificar el funcionamiento de todas las luces: las de dentro y, sobre todo, las de fuera: de posición, intermitentes, luces de freno, de matrícula, de alerta... Tuvimos que cambiar la bombilla de un intermitente, que se había fundido.

Todo estaba listo para iniciar el viaje y esos días de vacaciones en la costa. Aunque no era necesario, pues mi padre tiene gran pericia con el coche, me puse delante y le fui haciendo señales para que avanzase con la caravana a cuestras. El coche parecía cobrar otro aspecto. Se movía muy despacio, sin agilidad, como si se pensase cada uno de los movimientos que iba a realizar. Por un lado, me imaginaba a su motor protestando, por tener que tirar de tanta carga; pero por otro lado, también me lo imaginaba presumiendo por ser capaz de soportar un esfuerzo semejante.

Me subí al coche junto a la puerta del camping. Mi padre se estaba despidiendo del vigilante y le decía que en unos días volveríamos por allí.

Tomó la carretera sin dificultades, pues en ese momento no circulaba ningún coche, y poco a poco, sin brusquedades, fue acelerando y cambiando de marchas.

—Espero que hayas tomado nota de todo —me dijo entonces mi padre.

—¿A qué te refieres? —le pregunté.

—Quiero que de mayor seas un conductor de caravanas muy responsable. Así podremos turnarnos en la conducción cuando viajemos juntos. Ya sabes que a tu madre no le gusta conducir con la caravana a cuestas.

Lo último era cierto. Mi madre conduce de maravilla, más de una vez ha perseguido a un delincuente a toda velocidad en un coche patrulla, pero odia hacerlo con la caravana. De las palabras de mi padre, preferí no hacer comentarios; él estaba dando por hecho que de mayor seguiría viajando con ellos, pero yo tenía otros planes.

Por la tarde, con el coche y la caravana aparcados en una pequeña explanada frente a nuestra casa, lo dejamos todo listo para el viaje. Saldríamos a la mañana siguiente.

—Temprano —dijo mi madre.

—A ver si es verdad, que luego eres tú la que más remolonea en la cama —le replicó mi padre.

Aunque sabía que no serviría de nada, volví a sugerirles una idea.

—¿Y si yo me quedo en casa...? No tendréis que preocuparos por mí. Sé organizarme y sobreviviré perfectamente...

—¡No! —mi padre y mi madre respondieron a la vez.

Como sabía que insistir no iba a servir de nada, no lo hice; pero al menos me quedé con la conciencia tranquila por haberlo intentado.

Salimos a la mañana siguiente. Mi padre cargó a última hora sus cámaras y mi madre una bolsa con varias novelas policiacas. Ella dice que le relaja mucho leer ese tipo de novelas y, mientras lo hace, se ríe y habla en voz alta:

—¡Qué barbaridad! —suele exclamar—. ¡Estos escritores no tienen ni idea de lo que hacemos los polis!

—Cuando te jubiles podrías dedicarte a escribir novelas policiacas —le dije en una ocasión.

—¡Ni loca! —me respondió.

Como vivimos en las afueras de Madrid, salimos sin dificultad de la ciudad por una de las autovías de circunvalación. Mi padre tenía la precaución de colocarse siempre en el carril derecho, para facilitar la marcha a los vehículos que iban más rápido. Por fortuna, no pillamos ninguna retención. Se notaba que acababan de comenzar las vacaciones escolares y, por ello, la densidad de tráfico era menor. Sin problemas,

tomamos una autovía que nos llevaría hasta el mar; pero tampoco cometeré el error de decir cuál era.

Viajar con una caravana a cuestas es algo pesado, sobre todo porque hay que ir despacio. Te adelantan hasta algunos camiones. Eso sí, como dice mi padre, puedes disfrutar del paisaje. Yo creo que él solo aparta la vista de la carretera para escudriñar las cunetas en busca de un monumento funerario que fotografiar. Mi madre disfruta más y sí se fija en el paisaje.

—Mira, una vaca; mira, un castillo; mira, un puente de piedra; mira, una cigüeña; mira, el tren...

Me tenía hartado. Por eso, les hice una pregunta:

—¿Cuál es la velocidad máxima a la que podemos circular?

—Ochenta kilómetros por hora —respondió mi padre.

—¿Pero podríamos ir más deprisa?

—Las caravanas, por lo general, se han diseñado para alcanzar una velocidad máxima de

cien kilómetros por hora. Pero a nadie le recomendaría circular a esa velocidad.

—¿Por qué?

—La caravana tiene una inercia que hay que controlar en todo momento. Se nota mucho en cuesta abajo. Y luego está el viento. Todo tipo de viento es malo, pero sobre todo el lateral. Es mejor ir a ochenta, sin prisas.

—Las prisas no entran en la esencia de un viaje con caravana —intervino mi madre.

No quise preguntarle a ella por esa *esencia* a la que hacía referencia, porque me temía que volviera a mirar el paisaje y a enumerar todo lo que veía, como si se tratase de cosas verdaderamente extraordinarias.

Se me ocurrió una nueva pregunta:

—¿Un radar fijo podría detectar que vamos a más de ochenta y, por consiguiente, sacarnos una foto para multarnos?

Me di cuenta de que ni mi padre ni mi madre sabían la respuesta. Se miraron un segundo, como diciéndose *¿quién le responde?* A continuación, mi padre intentó razonar en voz alta.

—Si el radar está programado para saltar a ciento veinte, solo lo hará cuando un vehículo supere esa velocidad.

—Entonces nosotros podríamos ir a noventa, o a cien, y el radar no nos pillaría.

—No —reconoció mi padre.

Mi madre negó entonces con la cabeza y dijo:

—No te has fijado en que todos los radares están previamente señalizados. La policía no quiere pillar a la gente porque sí, solo para recaudar dinero a base de multas —mi padre se encogió elocuentemente de hombros—. La policía quiere avisar, concienciar al conductor, prevenir...

—Y no hay que olvidar los radares móviles, que aparecen donde menos te lo esperas —intervino mi padre.

—Responsabilidad —añadió mi madre, como una sentencia—. Si todos los conductores condujesen con responsabilidad no harían falta los radares. Si todos los ciudadanos se comportasen con responsabilidad no haría falta la policía.

—Entonces tendrías que cambiar de trabajo —comenté sonriendo.

—Lo haría —respondió mi madre, pero al momento se quedó pensativa y farfulló entre dientes—. Y sería una pena cambiar de trabajo, con lo que me gusta ser policía.

Justo en ese momento dos motoristas de la Guardia Civil se pusieron a nuestra altura. Mi padre los observó de reojo y de inmediato miró hacia el cuadro del salpicadero. Mantenía una velocidad estable. Ochenta por hora. Uno de los policías nos adelantó y el otro se colocó detrás. El primero nos hizo señas para que saliésemos en un área de servicio.

Nos detuvimos en una zona de aparcamiento, detrás de la gasolinera, justo donde nos indicaron los policías. Entonces, uno de ellos se acercó y amablemente comenzó a pedirnos los papeles del coche, los de la caravana, los de los seguros, el permiso de conducir... Al final, nos devolvió todo y nos dijo que podíamos seguir.

—¿Pero... hemos hecho algo mal? —le preguntó entonces mi padre.

—Todo en orden. Se trata de controles rutinarios. Comienza la época de vacaciones y hay mucha gente que se lanza a la carretera con una caravana de cualquier manera, sin permiso o sin seguro. Solo pretendemos que los conductores sean responsables.

—Responsabilidad —mi padre pronunció la palabra afirmando ostensiblemente con la cabeza.

—Eso es. Pueden continuar. Buen viaje.

Cuando reanudamos la marcha, busqué con la mirada a mi madre. Aquel guardia civil acababa de repetirnos sus mismos argumentos. Por un momento llegué a pensar que lo había preparado todo, pero deseché enseguida la idea. Ella, de nuevo, estaba absorta en el paisaje.

—Mira, un tractor en ese camino.

A media mañana paramos quince minutos para estirar las piernas y a las dos de la tarde lo hicimos para comer. Cuando viajamos en caravana nunca comemos en restaurantes. Lo hicimos en una parada de la autovía que, por suerte, tenía una zona arbolada con un poco de sombra. La comida —unos bocatas— ya la llevábamos preparada de casa. En la cocina de la caravana mis padres se prepararon un café.

Reanudamos la marcha y mi madre condujo durante una hora y media aproximadamente, hasta que la carretera inició una cuesta abajo muy pronunciada.

—No me gustan nada estas cuestas, tengo

la sensación de que la caravana me está empujando —comentó.

—En cierto modo es así —replicó mi padre—. Sujeta firmemente el volante y controla la velocidad.

—Ya lo estoy haciendo.

En un área de servicio, hicieron el cambio de asiento y mi padre volvió a conducir. Aseguró que el tiempo de descanso le había sentado de maravilla. Había aprovechado para consultar el mapa y ya tenía claro lo que íbamos a hacer.

—Hay un pequeño monumento funerario cerca de la costa y, por consiguiente, al lado del pueblo. Se trata de una carretera secundaria. Podemos desviarnos un poco antes de llegar y pasar por allí. Hago las fotos y después nos instalamos en el camping de la playa.

—¿No se nos hará muy tarde?

—No; solo serán unos kilómetros de más. Ya les escribí ayer un correo electrónico a los del camping diciéndoles que llegaríamos a media tarde. Nos tendrán un sitio reservado.

Mi madre se encogió de hombros. Sabía que era inútil intentar hacer cambiar de opinión a mi padre cuando uno de esos monumentos funerarios se encontraba por medio. Y menos mal que los otros tres que tenía localizados los dejaba para otro día.

La verdad es que a mi madre y a mí nos tenía un poco hartos con tantos monumentos funerarios de cunetas. Estábamos deseando que hiciera ya de una vez esa exposición fotográfica y cambiase de tema. Tenía tantas fotografías que le iba a resultar muy difícil hacer una selección. Para exponerlas todas necesitaría por lo menos el Museo del Louvre, y a lo mejor hasta se le quedaba pequeño.

Como acababa de mirar el reloj, puedo afirmar que a las seis y media en punto mi padre señaló una salida de la autovía.

—Es por allí —se limitó a decir.

Ya estábamos muy cerca de la costa y si seguíamos por la autovía llegaríamos muy pronto. La verdad, no me apetecía nada seguir metido en el coche buscando el dichoso mo-

numento funerario por una carretera secundaria.

—¿Por qué no vamos directamente a la playa y al camping? Me duele el culo de la sentada —le dije a mi padre con pocas esperanzas.

—Casi nos pilla de paso. Solo hay que dar un pequeño rodeo. Además, esa carretera nos llevará directamente hasta el pueblo.

Mi madre y yo nos miramos con un gesto de resignación.

El rodeo, como decía mi padre, quizá fuese pequeño; pero la carretera era muy incómoda para circular por ella con una caravana: llena de curvas y en continuo ascenso. Enseguida nos dimos cuenta de que se trataba de un pequeño puerto de montaña, con unos precipicios que cada vez se iban haciendo más profundos y a los que era mejor no mirar.

Solo a mi padre parecía no preocuparle circular por allí. Se le veía hasta emocionado pensando en el monumento funerario que esperaba encontrar.

—Tiene que estar cerca —nos decía—. Mirad con atención las cunetas.

En la subida al puerto no vimos nada en las cunetas. Comenzamos a bajar e, instintivamente, mi madre y yo nos agarramos a los asientos. Las curvas eran cada vez más retorcidas y los precipicios quitaban el hipo. Todo se compensaba con unas vistas sobre el mar impresionantes. Pero... ¿quién podía entretenerse mirando el mar en esas circunstancias?

—Atentos, no perdáis detalle de las cunetas —y mi padre erre que erre.

Y a mitad de la bajada vimos por fin el monumento mortuorio. Yo di la voz de alarma:

—¡Ahí está!

Mi padre aminoró la velocidad, pero era imposible detenerse en aquel lugar, por eso continuó el descenso muy despacio y no muy lejos la suerte nos sonrió, pues encontramos una explanada grande que se anunciaba como mirador. Allí había sitio de sobra para aparcar.

Una vez detenido el coche, mi padre agarró sus cámaras y casi echó a correr.

—¡Vamos, vamos! —nos apremiaba.

—¿No quieres mirar el paisaje? —le preguntó mi madre—. Es impresionante.

—Después.

El monumento, sobre todo comparado con otros que había visto, no era muy original: solo un montón de piedras grandes, que sujetaban en la parte superior una cruz de madera. Pero dos cosas me llamaron poderosamente la atención: una fotografía enmarcada, sujeta por las propias piedras y un ramo de flores muy frescas, que parecían recién cortadas. La fotografía era la cara de un chico joven, no mucho mayor que yo; miraba al infinito y sonreía feliz. Me impresionó mucho pensar que ese chico estaba muerto, que había muerto allí mismo. Justo detrás se abría un precipicio y se me puso la carne de gallina al imaginar que pudo caer por aquel lugar. Imaginé también que no tenía edad para conducir coches, por lo que tal vez llevase una moto de poca cilindrada; o quizá fuera de acompañante... No podía dejar de mirar su fotografía. Tenía la sensación de que sus ojos me observaban.

Cuando mi padre se cansó de hacer fotos desde todos los ángulos, me agaché para examinar las flores. Las toqué. Pensé en quién las habría dejado e instintivamente miré a un lado y a otro, como si esperase encontrarme con esa persona que, rota de dolor, las había depositado allí. Pero no había nadie. Incluso, apenas transitaban coches por aquella carretera, cosa que no me extrañaba en absoluto.

La carretera, en efecto, desembocaba en el pueblo; lo cual era una ventaja, ya que habría sido terrible tener que volver por el mismo sitio.

Cuando enfilamos el paseo marítimo sentimos un gran alivio. La presencia del mar, que era nuestro destino, nos llenó de alegría, incluso a mí, que era el menos alegre de los tres. Además, el camping, situado a la salida del pueblo por el norte, se encontraba también junto a la playa. Eso, evidentemente, lo hacía mucho más atractivo.

Como ya tenemos gran destreza, en cuanto nos asignaron una plaza nos instalamos en unos minutos y, por fin, pudimos liberar al coche de

tan pesada carga. Colocamos el toldo, abrimos la mesa y las sillas, y sacamos las tumbonas. Todo olía a unos días de vacaciones. Los tres echamos a correr hacia el agua, estábamos deseando darnos un chapuzón.

El día siguiente tuvo dos partes: la mañana y la tarde. Creo que acabo de decir una obviedad, pero quería referirme al hecho de que fueron dos momentos completamente distintos. Pasamos la mañana en la playa, tumbados en la arena, bajo una sombrilla para no quemarnos, embadurnados de crema, haciendo incursiones en el agua, que estaba deliciosa. Además, como el mar se encontraba en calma, mi madre y yo nadamos hasta las boyas que delimitan la zona de baños. Mi madre está en forma y me cuesta seguirla. Por el contrario, mi padre solo llega hasta el punto en que el agua le alcanza la cintura; entonces chapotea un poco y se da la vuelta. Él dice que es un

animal de tierra firme y que el agua se la deja a los peces.

Por la tarde, mi madre se tumbó a la bartola sobre una toalla tendida en el césped y dijo que de allí no la movía nadie. Empezaba su proceso de *desestrés*. Mi padre se había propuesto encontrar el segundo monumento funerario en la cuneta. Me preguntó si le acompañaba.

—Prefiero quedarme —le respondí.

Así que él se fue solo.

Pasarme la tarde tumbado sobre el césped me parecía la cosa más aburrida del mundo y, además, yo no necesitaba *desestresarme*. Se me ocurrió una idea.

—Me voy a dar una vuelta con la bici —le dije a mi madre.

—Bueno —me respondió ella, sin levantar la mirada de la novela que estaba leyendo.

Siempre llevamos una bicicleta en la caravana. A veces resulta muy práctico para moverte. Pensaba echar un vistazo por los alrededores y llegar hasta el centro del pueblo. Tenía que averiguar por dónde se movía la gente joven,

de mi edad, pues pasarme la semana entera sin separarme de mis padres podía ser mortal. Me coloqué un casco ligero y comencé a pedalear.

Circulé un rato por una calle que transcurría entre urbanizaciones. Aquello no tenía mucho interés, pues todas aquellas casas, aquellos jardines, aquellos espacios para niños, aquellas tiendas..., parecían clónicas. Me salí por un camino y me fui hacia el interior. Enseguida me encontré en una zona de árboles frutales y de huertas. Aquello tampoco prometía mucho. Entonces reconocí la carretera por la que habíamos llegado el día anterior, la que superaba un pequeño puerto de montaña dando mil vueltas. Me dirigí hacia ella, pero no con intención de subir aquella cuesta endemoniada, sino de llegar al pueblo.

Y fue al tomar aquella carretera cuando me di cuenta de que me seguía una moto. Bueno, al principio no pensé que me estuviese siguiendo; pero al cabo de un rato no tenía duda, sobre todo cuando me interné por las calles del pueblo. La moto, como es natural, tenía que ir muy despacio. Si yo frenaba ella tenía que parar. La

persona que conducía aquella moto llevaba un casco que impedía verle la cara.

No podía entender por qué me seguía precisamente a mí. ¿Sería un error? Seguramente me habría confundido con otra persona. En alguna ocasión me detuve e, incluso, me bajé de la bicicleta. Entonces la moto también se paraba y el conductor, a horcajadas sobre ella, se quedaba quieto, mirándome, sin acercarse. Y si reanudaba la marcha, él lo hacía también. La verdad es que no se cortaba un pelo.

Entonces pensé que tenía que descubrir quién era la persona que me seguía y por qué lo hacía. No actué a lo loco y elaboré un plan. Ahí me salieron los genes maternos, es decir, los policiales. Me dirigí hacia el paseo marítimo, pues suponía que por allí habría mucha gente. Tenía que evitar los lugares solitarios. La moto, claro, no me perdió de vista. Nada más llegar a la plaza donde arrancaba el paseo me detuve en seco y me bajé de la bicicleta. La moto se detuvo a unos diez metros de distancia, pues no esperaba mi maniobra. Había gente por todas

partes. Perfecto. Andando, con la bici sujeta por el manillar, me acerqué al motorista.

—¿Qué quieres? ¿Por qué me sigues? —le dije.

Entonces el motorista se quitó el casco y descubrí que en realidad era una motorista: una chica rubia, con el pelo corto, algo mayor que yo. Me miraba fijamente y sus ojos, muy claros, me resultaban inquietantes.

—¿Por qué os detuvisteis ayer en la carretera del acantilado? —me preguntó, ignorando que yo le había preguntado antes.

—¿Qué dices? —me quedé un poco cortado.

—¿Por qué estuvisteis haciendo fotos a la cruz que hay en la cuneta, en la bajada hacia el pueblo?

Estaba claro que esa chica nos estuvo vigilando: pero ¿por qué no nos lo preguntó en ese momento? Se lo habríamos explicado sin problema. Mil ideas comenzaron a dar vueltas por mi cabeza, lo que me creaba gran desconcierto.

—Las fotos las hizo mi padre —le dije, sobre todo para no quedarme callado.

—¿Tu padre es policía?

Estuve a punto de decirle que la policía era mi madre, pero por fortuna no lo hice.

—Es fotógrafo —comencé a darle algunas explicaciones—. Es algo famoso, quizá te suene su nombre, Toni Valdeón. Lleva años haciendo fotografías a esas cruces de las cunetas, a esa especie de altares... Él los llama pequeños monumentos funerarios.

—¿Para qué?

—Va a hacer una gran exposición fotográfica.

—No te creo.

—Busca su página web en internet y podrás comprobarlo.

La chica, sin mudar su semblante, frío como un témpano de hielo, sin dejar de mirarme con esos ojos que me perforaban como un barreno, arrancó la moto.

—No volváis a acercaros a ese lugar —dijo, y sus palabras solo podían entenderse como una amenaza—. Y no volváis a hacer fotografías allí.

—¿Por qué? —le pregunté.

Sin responderme, se colocó el casco y bajó la visera. Su rostro volvió a quedar oculto. A continuación, dio gas al motor y partió con rapidez. Pero al girar en la plaza para tomar una de las calles, el semáforo que controlaba el tráfico se puso en rojo, por lo que se vio obligada a detenerse. Entonces pensé que era mi oportunidad. No podía dejarla marchar así, tenía que saber más cosas.

El semáforo solo estuvo unos segundos en rojo y enseguida se puso en ámbar, intermitente. Era una contrariedad, pero no arrojé la toalla. Estaba claro que ella iba a tomar una calle que la sacaría del pueblo, pero si yo encontraba un atajo...

No lo dudé y, de pie sobre la bicicleta, comencé a pedalear con todas mis fuerzas. Cruzé una calle y atravesé un descampado. Con un poco de suerte llegaría antes que ella a un cruce que veía a lo lejos. Unos matorrales me impedían la visión, pero podía escuchar perfectamente el ruido de la moto.

Sin dudarlo, le cerré el paso en el cruce, obligándole a frenar en seco. Luego, coloqué la bicicleta delante, para impedir que huyese.

—¿Te has vuelto loco!? —me increpó, al tiempo que se levantaba la visera del casco.

—No —respondí tan tranquilo, aunque notaba que el corazón se me había acelerado.

—Podía haberte matado.

—Confiaba en tus reflejos.

—Pues has tenido suerte de que no me han fallado.

Se acercaba un autobús y nos dimos cuenta de que estábamos justo en el espacio reservado a su parada. Le hice una seña, para meternos en una parcela vacía y salir de la vía pública.

Ella, sorprendentemente, enfiló la moto hacia ese lugar y yo la seguí. Cuando se detuvo de nuevo, paró el motor y se quitó el casco. Me volvió a impresionar su mirada, dura e incisiva.

—¿Qué quieres?

—Saber más cosas —le dije sin rodeos.

—¿Y por qué tendría que contarte yo más cosas?

—No es por nada en especial. Ayer, cuando nos detuvimos en ese acantilado, junto al monumento funerario... Bueno, ya sabes, así es como los llama mi padre. Pues... no sé... Me impresionó mucho la fotografía de ese chico. Parecía muy joven.

—Dieciocho años —me aclaró ella.

—¿Lo conocías?

La chica hizo ademán de poner en marcha la moto, pero se detuvo a última hora, con los dedos sobre la llave.

—Lo conocía muy bien.

—Pues entonces tuviste que pasarlo muy mal.

La chica permaneció unos segundos en silencio y por un instante su mirada se transformó. Sus ojos parecían perdidos en una nebulosa.

—Era mi novio —dijo al fin, y más bien parecía estar hablando para sí misma, como si nadie la estuviese escuchando—. Nos conocíamos desde niños, casi desde que nacimos. Siempre nos atrajimos el uno al otro. Necesitábamos estar siempre juntos, paseando por las calles del pueblo, bañándonos en la playa, correteando por los alrededores... Soñábamos con una larga vida en común.

Se me hizo un nudo en la garganta. No esperaba una confesión semejante.

—Lo siento mucho —fue lo único que acerté a decir.

Ella volvió a recuperar la dureza en su mirada, en su expresión, se colocó el casco y giró la llave de contacto. El motor volvió a rugir. Quería retenerla un poco más, pero no sabía cómo.

—Ocurrió hace poco tiempo, ¿verdad?

—Sí —se limitó a responder.

—¿Fue... con una moto...? —e inconscientemente miré la que ella conducía.

—Sí.

Bajó la visera del casco y su rostro quedó oculto. Tuve la sensación de que me miraba durante unos segundos. A continuación, aceleró y se alejó del lugar. Iba a intentar seguirla, pero me di cuenta de que con mi bicicleta sería imposible.

Tardé un rato en reponerme de la impresión. Solo entonces empecé a ordenar las ideas que se agolpaban en mi cabeza atropelladamente. Había descubierto muchas cosas en muy poco tiempo. Imaginé cómo reaccionaría mi madre. Es verdad que la situación no tenía nada que ver con esos crímenes horribles que ella tiene que investigar y perseguir, pero traté de imaginar cómo actuaría ella cuando de repente alguien le hace una revelación inesperada. Seguro que lo importante era no perder la calma, mantener la cabeza fría, analizarlo todo en detalle. Eso es lo que yo pretendía hacer.

Me di cuenta de que, en el fondo, estaba tratando de actuar como un policía, aunque no

hubiese ninguna investigación abierta por medio. Eso quería decir que quizá, en el futuro, pesase más mi vocación de poli que la de fotógrafo. ¿Era así? ¿Qué genes habían cobrado más fuerza dentro de mí, los de mi padre o los de mi madre?

Seguro que estaba sacando conclusiones muy precipitadas.

Pero había algo que me intrigaba profundamente: la chica de la moto, a la que ni siquiera había preguntado el nombre. Quería saber más cosas de ella y, sobre todo, descubrir cómo había ocurrido el accidente que había costado la vida a su novio. No era una curiosidad morbosa, no. Pensaba sobre todo en la fotografía del joven muerto, depositada en la cuneta junto a una cruz y unas flores, y quería saber todo lo que le había ocurrido. La clave, claro está, parecía tenerla la chica de la moto.

Fue entonces cuando me propuse encontrar a esa chica. Por lo que me había dicho estaba claro que tanto ella como el chico muerto eran del pueblo. Y eso facilitaba las cosas. Debería

localizar los ambientes en los que se movían los jóvenes del lugar.

Decidido, me dispuse a dar una vuelta por el pueblo. No por las zonas turísticas, sino por los lugares donde vivía la gente de allí.

En el centro del pueblo había que tener mucho cuidado circulando en bici. Las calles eran muy estrechas y algo laberínticas, llenas de cruces. Podía salirte un coche de donde menos te lo esperases. Como las aceras eran estrechas no podía circular por ellas. Así que redoblé mi atención y cumplí estrictamente con todas las normas de circulación. Por prudencia, me detenía en todos los cruces, aunque tuviese preferencia, e indicaba los giros con mis brazos.

Me llamó la atención un bar con mucha gente. Me detuve para echar un vistazo. No era el tipo de gente que buscaba. Había algunos jóvenes, pero la mayoría era gente mayor.

Poco después llegue a una plaza muy grande, irregular, justo donde terminaba el casco antiguo. Había un espacio en el centro destinado a practicar *skate*. No era muy grande,

pero no estaba mal; tenía hasta una rampa. En Madrid tengo algunos amigos *skaters* y continuamente se están quejando de que no hay sitios para ellos. Y cuando comienzan a dar saltos en espacios públicos siempre aparece alguien quejándose, llamándoles gamberros e, incluso, telefoneando a la policía.

Enseguida me di cuenta de que allí no encontraría a la chica de la moto haciendo *skate*; pero, eso sí, hice un gran descubrimiento. Justo desde esa plaza arrancaba una calle estrecha, cerrada al tráfico, en la que había muchos locales abiertos, algunos con música y mesas en el exterior. A la entrada de la misma había unas cuantas motos aparcadas. Estaba claro que los que iban a divertirse allí lo hacían por lo general en moto.

Se me hacía tarde y tenía que volver al camping, antes de que mis padres empezasen a preocuparse. Pero ya sabía por dónde podía comenzar a buscar.

Al día siguiente la jornada se presentaba muy parecida. La mañana estaba reservada a la playa. Estuve nadando un buen rato con mi madre, pero luego ella se tumbó al sol y no quiso jugar con las palas. Tuve que hacerlo con mi padre, que es un desastre. Le pone ganas, pero acierta una pelota de cada diez, y por lo general la manda a tomar viento fresco. Es desesperante. Yo intento que mi padre aprenda un poco y le explico cómo debe sujetar la pala y cómo debe golpear. Lo hago sobre todo por mi bien, para no estar corriendo siempre en busca de la pelota.

—¡Dedícate mejor a hacer fotos! —le digo, desesperado.

—Es lo que hago —me responde, y se queda tan ancho.

Mientras, mi madre, embadurnada de crema, entre el sol y sombra de la sombrilla, leía una novela llena de arena.

—¿Ya os habéis cansado de jugar con las palas? —nos preguntó al vernos regresar al campamento base.

Yo la miré y preferí no responder.

Después de comer, mi padre sacó un mapa y lo desplegó sobre la mesa. Llamó nuestra atención, pues quería explicarnos algo. Nos señaló un punto en una carretera pegada a la costa.

—Este es el primer monumento funerario —dijo—. Es el que vimos cuando nos desviamos de la autovía. ¿Recordáis?

—¡Sí! —respondimos a coro mi madre y yo. ¿Cómo olvidarnos de aquellos barrancos que quitaban el hipo?

—Ayer por la tarde localicé otros dos: aquí y aquí —y los señaló en el mapa—. Por consiguiente, solo me queda uno. Iré a buscarlo esta tarde. ¿Os venís?

—¡No! —mi madre y yo volvimos a responder a coro.

Creo que fue tan contundente nuestra respuesta que mi padre no insistió. Y fue mejor así.

Después de una siesta, él se marchó en el coche con sus cámaras al hombro y el mapa en la mano. Mi madre se quedó en el camping, siguiendo su proceso de *desestresamiento*. Y yo salí disparado hacia el pueblo.

No perdí el tiempo y me fui directamente a la calle que había descubierto la tarde anterior. Los locales ya estaban abiertos, pero no se veía mucha gente. Pensé que era pronto y que aquella zona se llenaría más tarde, ya al anochecer. Lo malo era que yo no podría quedarme tanto tiempo.

Me bajé de la bici y me senté en el suelo, al lado de los *skaters*. Había uno francamente bueno, aunque parecía un poco tonto y presuntuoso. Le encantaba que los demás le mirasen y le alabasen sus saltos.

No sé el tiempo que pude estar mirando a los *skaters*, pero tal vez una hora. De pronto,

me llamó la atención el ruido inconfundible de varias motocicletas. Volví la cabeza. Eran cuatro. Enseguida me di cuenta de que ninguna era la que yo estaba buscando. Los cuatro ocupantes de aquellas motos —dos chicas y dos chicos— las aparcaron y se acomodaron sentándose en el suelo, justo en la entrada de la calle peatonal.

Aunque no estaba entre ellos la chica de mirada gélida, pensé que ellos podrían conocerla. Se notaba que eran del pueblo, que vivían allí todo el año. Me daba un poco de corte acercarme a ellos sin más. Eran algo mayores que yo, aunque no mucho; pero a nuestra edad un par de años pueden resultar un abismo. Pensé en mi madre y me dije que ella no se echaría nunca atrás por timidez, así que me puse de pie de un salto y agarré la bici por el manillar.

La toma de contacto no fue tan complicada como imaginaba. Bastó un *hola* y poco más.

—Me llamo Paul; se pronuncia Pol, aunque se escribe también con *u*.

Como sospechaba, todos eran del pueblo, lo cual me iba a facilitar mucho las cosas. No quise ir directamente al grano y antes les estuve preguntando por los lugares de interés para gente de mi edad.

—Estás en uno de ellos —me respondió una chica sonriendo—. Pero, como verás, no es gran cosa.

Después, ya sin rodeos, les hablé del desvío que habíamos tomado para llegar al pueblo, de la carretera que va por el acantilado y, aunque titubeé un poco, les hablé también del monumento funerario en la cuneta, de la fotografía de ese joven junto a un ramo de flores frescas.

Percibí de inmediato que mis palabras habían provocado algo, que aún no sabía cómo definir. Desconcierto, quizá. Todos se miraron y sus sonrisas, que hasta entonces habían afluído con naturalidad a sus rostros, desaparecieron.

—¿Conocíais a ese chico? —me atreví a preguntarles.

—Todos le conocíamos —respondió uno de ellos.

—Pues... lo siento mucho.

Se hizo un silencio grande, profundo, intenso. Creo que resultaba incómodo para todos. Yo no sabía qué hacer para recuperar el ambiente distendido que teníamos minutos antes.

—Ayer... —dije al fin—. Ayer conocí a su novia y...

Uno de los chicos se revolvió hacia mí y, visiblemente molesto, me gritó:

—¿¡Tú de qué vas!? Porque si vas de gracioso...

—No sé a qué te refieres, de verdad —le corté, con ánimo de que se calmase—. No he querido molestaros. No entiendo vuestra reacción.

Volvió el silencio, esta vez tenso y duro.

—Su novia murió en el mismo accidente —dijo al fin una de las chicas—. Iban juntos en la moto cuando...

Me quedé boquiabierto, completamente desconcertado. Lo primero, lo más urgente, era explicar a aquel grupo que no les estaba vacilando, que no se trataba de una broma

macabra, que lo que les decía me había ocurrido de verdad y que esa chica de la moto no era un sueño.

Les conté todo con pelos y señales, desde la exposición de fotografía que prepara mi padre hasta el momento en que fui perseguido y asaltado literalmente por aquella chica. Observé que me escuchaban con atención, que se miraban entre ellos y hasta hacían leves gestos, que yo no podía interpretar. Al concluir mi relato, abrí los brazos y me encogí ligeramente de hombros, dándoles a entender que les había dicho la verdad y que ignoraba el resto de los pormenores de aquella historia.

Entonces una de las chicas afirmó varias veces con la cabeza, torció el gesto y pronunció un nombre con seguridad:

—Andrea.

—¿Qué quieres decir?

—Que estoy segura de que la chica de la moto es Andrea.

—¿Y quién es Andrea? —cada vez entendía menos lo que estaba pasando.

Todo el grupo asentía con la cabeza, dando a entender que estaban de acuerdo. La tal Andrea había concitado unanimidad. Estaba claro que ellos sabían algo que yo desconocía, por eso aumentó mi curiosidad y mi interés.

—Vámonos de aquí, salgamos del pueblo —propuso uno, y de inmediato todos se pusieron de pie. Luego, el de la iniciativa se volvió hacia mí—. Síguenos. Iremos despacio, para que no nos pierdas de vista.

Las cuatro motos se pusieron en marcha. Tres de ellas eran de poca cilindrada. Comenzaron a circular en fila, a la derecha de la calzada. Yo me pegué literalmente a la última y me dije que no me separaría bajo ningún concepto de ella. En un momento salimos del pueblo y tomamos una carretera comarcal, muy estrecha, que solo parecía conducir a algunas huertas. Lo malo de esa carretera es que picaba todo el tiempo hacia arriba, lo que me obligaba a pedalear con fuerza. Por un momento, nos metimos por una zona de frutales y perdimos toda visión del paisaje; pero después de un rampa algo más pronunciada y de una doble curva llegamos a un sitio realmente impresionante. Allí nos

detuvimos. Yo había empezado a sudar. A la derecha, la línea de la costa, que se perdía en el infinito, y la inmensidad del mar; a la izquierda la montaña rocosa, los acantilados, la carretera que ascendía en zigzag.

Nos sentamos formando un círculo y sin que les dijese nada se fueron presentando.

—Yo soy Luis.

—Yo, Pilar.

—Yo, Inma.

—Yo, Nacho.

—Fernando y Laura eran nuestros amigos —dijo a continuación Luis, que era el que siempre parecía llevar la voz cantante. Yo deduje de inmediato que esos eran los nombres de los fallecidos en el accidente de moto.

—¿Y Andrea? —pregunté de inmediato.

—Andrea estaba colada por Fernando, pero él nunca le hizo caso —me explicó Pilar.

—Él estaba enamorado de Laura y solo tenía ojos para ella —corroboró Inma.

—Pero Andrea insistía, no se daba por vencida, y eso llegó a crear algunas situaciones tensas.

—Andrea fue la que levantó ese monumento en la cuneta —intervino Nacho—. Ella lo niega, pero es verdad. Nosotros la vimos. Lo hizo, incluso, en contra de la opinión de la familia de Fernando.

Estaba atónito escuchando aquella historia. Tenía la sensación de que iba encajando las piezas de un puzle y, aunque faltaba mucho para terminarlo, comenzaba a ver algunas cosas claras.

—A mí me impresionaron mucho su gesto y su mirada —dije.

—¡Está loca! —estalló Pilar—. ¡Ella es la culpable de todo lo ocurrido!

—No podemos decir eso —le replicó Luis.

—¡Lo digo porque es verdad! —Pilar se había alterado mucho.

Sabía que tenía que hacerles una pregunta clave para encajar unas cuantas piezas más en aquel puzle. Era algo que ellos sabían, pero que yo desconocía. Tenía dudas, pues no sabía si mi pregunta les iba a incomodar, pero finalmente me atreví:

—¿Cómo ocurrió?

Antes de responderme se miraron, como si estuvieran buscando consenso, y Luis comenzó el relato. Me señaló la montaña de los acantilados.

—Allí arriba, justo en la cumbre, hay una explanada con unas vistas increíbles. Vosotros la dejasteis a la derecha cuando pasasteis por allí. Nos gusta subir de vez en cuando. Ver el mar desde arriba es una experiencia inolvidable, te lo aseguro. Tienes la sensación de que has abandonado el mundo.

—Un domingo por la tarde subimos toda la panda —continuó Inma—. Me refiero a nosotros y a algunos amigos más. Por supuesto, también estaban Fernando y Laura.

—Y Andrea —añadió Pilar con dureza.

—Todos íbamos de buen rollo, pero Andrea se encargó de amargarnos la fiesta —prosiguió Inma—. Una vez más, intentó interponerse entre Fernando y Laura. Lo hizo de manera descarada y Fernando no tuvo más remedio que rechazarla con brusquedad.

—Poco después se estropeó el tiempo —continuó Nacho—. Se nubló y comenzó a llover. Nos resguardamos en una especie de covacha, bajo unas rocas, a esperar a que escampase. No nos apetecía bajar las curvas del acantilado con la carretera mojada.

—Pero Fernando y Laura decidieron bajar —Luis retomó la palabra—. Tratamos de disuadirlos. Era solo una nube y pronto escamparía. Él puso la excusa de que Laura tenía un examen al día siguiente y tenía que estudiar. Pero no era cierto. Yo creo que solo querían alejarse de Andrea.

—Les dijimos entonces que nos marcharíamos todos, que bajaríamos juntos —el rostro de Inma se iba llenando de tristeza—. Pero antes de que pudiéramos reaccionar ya se habían puesto en marcha. Arreciaba la lluvia y decidimos esperar, además estábamos seguros de que no les daríamos alcance.

—Cinco minutos después se marchó Andrea —Pilar parecía haber estado esperando el momento para intervenir—. Todos oímos

el motor de su moto, que es la mejor de todas, la más potente. Solo puedo añadir que en ese momento sentí un escalofrío que me estremeció, y ese escalofrío no estaba provocado por la lluvia, lo aseguro. Tuve el presentimiento de que algo malo iba a suceder, y no me equivoqué.

Tengo que reconocer que yo estaba emocionado escuchando aquella historia. Como es lógico, los que me la estaban contando tenían otras sensaciones, sobre todo tristeza, pena, añoranza. Habían perdido a dos de sus mejores amigos de una forma trágica y recordarlo tenía que remover todos sus sentimientos.

—Entonces... nadie pudo ver... —trataba de razonar en voz alta.

—Ninguno de nosotros lo vio —me explicó Luis—. Cuando bajamos una hora después nos encontramos a la policía acordonando la zona y a los bomberos tratando de recuperar los cuerpos y la moto, que estaban en el fondo del barranco.

—¿Y Andrea? —volví a preguntar.

—Según la versión oficial, los descubrió en el fondo del barranco y trató inútilmente de rescatarlos —fue Nacho el que respondió esta vez—. Tenía algunos arañazos en su cuerpo. Ella fue la que avisó a la policía.

—Pero nosotros no creemos esa versión —las palabras de Pilar, contundentes, sonaban como un trueno espeluznante.

—No tenemos pruebas para acusarla de nada, pero... —Luis negaba con la cabeza.

Se hizo un momento de silencio. Los cinco, inconscientemente, habíamos vuelto la cabeza hacia el mar, y allí se concentraban nuestras miradas y también nuestros pensamientos. Las piezas del puzle, encajadas perfectamente, mostraban una realidad inquietante. Era una pena que aún quedasen algunas zonas en blanco.

Mientras cenábamos en el camping mi padre nos estuvo contando cómo era el cuarto monumento funerario, el que había localizado y fotografiado por la tarde. Estaba contento porque aseguraba que era muy original. Como el muerto era un campesino de la zona, habían colocado junto a la cruz una azadilla. A mí me pareció una faena. ¿Es que nadie tuvo en cuenta los sudores y sinsabores que le habría provocado aquella herramienta de trabajo a lo largo de su vida?

Yo no podía apartar de mi cabeza todo lo que había vivido por la tarde, o mejor dicho, todo lo que me habían contado por la tarde. Lo había interiorizado con tanta fuerza que

tenía la sensación de que yo mismo había vivido aquellos acontecimientos. Me parecía que Luis, Pilar, Inma y Nacho eran amigos de toda la vida, que a Andrea la conocía de siempre, que incluso vivía en aquel pueblo, en el que solo llevaba dos días. Era increíble comprobar como, de repente, aquellas personas y aquellos hechos habían empezado a formar parte de mi vida.

Mi cabeza no paraba de pensar, y lo malo es que lo hacía a velocidad de vértigo, lo que me impedía atar cabos, o simplemente ordenar un poco las ideas. Pero había algo que me parecía incuestionable: Andrea era culpable de la muerte de Fernando y Laura. Tenía una coartada perfecta: ella comenzó la bajada por la carretera del acantilado cinco minutos después, sola, y todos lo vieron.

Es verdad que la bajada no es muy larga y que en condiciones normales cinco minutos hubiese sido un tiempo insalvable para un posible perseguidor. Pero se dieron varias circunstancias que jugaron a su favor. Primero,

que estaba lloviendo; segundo, que Fernando llevaba detrás a Laura, lo que le obligaría a ir mucho más despacio; tercero, que la moto de Andrea era mucho más potente. Por todo ello, no le habría resultado difícil darles alcance.

Además, Andrea había cometido un fallo garrafal: decirme que ella era la novia de Fernando. Eso, para mí, la estaba delatando.

Si mis sospechas se hacían realidad, tenía ante mí un supuesto caso de asesinato. Cuando esta palabra apareció en mi mente reconozco que sentí un escalofrío. No era un juego, sino algo muy serio e, incluso, peligroso. Entonces, como es lógico, pensé en la poli, es decir, en mi madre. Lo mejor sería contárselo todo con detalle, desde el principio, y seguro que ella sabría cómo actuar.

Después de cenar, estuve a punto de decírselo en dos ocasiones. Pero no lo hice. Pensaba que nunca me perdonaría haber interrumpido su proceso de *desestresamiento*; pero además me apetecía continuar solo un poco más. Tenía que pensar mucho, reflexionar, ordenar todo en mi

mente. Solo de este modo podría dar los pasos adecuados.

Lo primordial era descubrir a Andrea, pero... ¿cómo? El caso estaba cerrado. La policía no había tenido dudas y dio por buena la versión del accidente. Incluso, Andrea había quedado como una heroína, pues fue ella la que dio aviso e intentó socorrerlos en aquel barranco, poniendo en peligro su propia vida. Entonces pensé que solo podríamos descubrirla tendiéndole una trampa. Sonaba bien lo de tenderle una trampa, pero confieso que no tenía ni idea de cómo hacerlo.

Si una cosa veía clara en esos momentos era que mis genes de policía se imponían claramente a los de fotógrafo, aunque era consciente de que la situación que vivía estaba forzando las cosas. Al día siguiente, le pediría una cámara a mi padre y me pondría a hacer fotos, así compensaría un poco. «¿Policía o fotógrafo?» Estaba claro que esa pregunta me iba a perseguir durante mucho tiempo.

Fotos. Fotografías. Me gusta mucho hacer

fotografías, aunque tengo gustos diferentes a mi padre. Creo que fue en el instante en que pensé en las fotografías cuando se me empezó a ocurrir una idea. ¡Necesitaba urgentemente una fotografía de Andrea! Una fotografía en la que se le viese bien la cara, como esas que se ponen en el carné de identidad. Estaba claro que, aunque volviese a verla, ella no me iba a dejar hacerle una fotografía. Pensé en su pandilla de amigos —Luis, Pilar, Inma, Nacho—, seguro que ellos sí tenían una fotografía de Andrea. Aunque no fuese un primer plano, sería fácil recortarla y ampliarla. Lo malo es que a esas horas no iba a poder localizarlos. Nos habíamos despedido sin más, ni siquiera nos habíamos intercambiado nuestros números de móvil. Eso significaba que tendría que esperar hasta el día siguiente, si es que volvía a encontrarlos en el pueblo.

Obsesionado por la idea que se me acababa de ocurrir quise sonsacar algunas cosas a mi madre. Ella se había tumbado en una hamaca y se tomaba un té frío mientras miraba las estrellas. Hizo algún comentario del firmamento.

—Aquí da gusto mirar las estrellas. En Madrid hay tanta luz artificial que es imposible disfrutar de estos cielos.

Me senté a su lado.

—¿Has conocido a muchos asesinos que se han derrumbado? —le pregunté de sopetón.

—¿Qué quieres decir? —su pregunta estaba llena de extrañeza.

—¿Un asesino tiene puntos débiles? —insistí.

—Por supuesto, hasta el más duro los tiene.

—Entonces, es posible que se derrumbe, que se venga abajo, que reconozca lo que ha hecho...

—No solo es posible, sino que es lo más habitual. La habilidad de un policía es buscarle ese punto débil, como tú dices, hacerle caer en una trampa, pillarle en una contradicción. Pero, como te digo, eso es lo habitual.

—Jugar con sus emociones —dije sin pensarlo muy bien.

Mi madre se incorporó un poco en la hamaca y se me quedó mirando.

—Eso es —me dijo—. Las emociones siempre nos pueden jugar una mala pasada, a un asesino también. Pero, ¿se puede saber por qué me haces estas preguntas?

—Por nada —traté de evadirme.

—No te creo, y recuerda que soy policía, y de las buenas.

Me encontraba en un callejón sin salida.

—Es que estoy escribiendo una novela —mentí—. Una novela policiaca, de las que te gustan a ti.

—No me gustan. Solo las leo para reírme un rato.

—Pues espero que con la mía no te rías.

—Ya veremos.

No sé si mi madre se tragó lo de la novela, o sospechó algo más. Pero lo cierto es que volvió a recostarse en la hamaca y a mirar al cielo estrellado. Yo tenía una certeza: los sentimientos traicionan siempre a los seres humanos, incluso a los asesinos. Ese iba a ser mi plan: remover los sentimientos de Andrea. Pero antes necesitaba la dichosa fotografía.

El día siguiente, como más de uno estará imaginando, fue el decisivo. Por la mañana volvimos a la playa, es decir, a la rutina de la playa: nadar, tomar el sol, jugar con las palas, volver a nadar, volver a tomar el sol... Trataba de no pensar demasiado en el asunto que me estaba obsesionando y deseaba más que nunca que el tiempo corriese. Estaba deseando volver al pueblo después de comer para encontrarme con Luis, Pilar, Inma y Nacho. Tenía que contarles de inmediato mi plan.

Durante la comida, y antes de que planteasen otra cosa, yo les dije a mis padres que pasaría la tarde en el pueblo. Como es lógico, ellos tenían otros planes: acercarse con el coche hasta

no sé qué faro, que estaba en el extremo de no sé qué cabo. No podía decirles simplemente que pasaba del faro y del cabo, así que recurrí a la amistad, que los adultos tanto valoran.

—Es que me he echado unos amigos en el pueblo, son estupendos. Lo pasamos muy bien juntos. Hemos quedado esta tarde para... para... hacer *skate* —fue lo primero que se me ocurrió.

Y la palabra *amigo*, como sospechaba, surtió efecto. Por tanto, ellos se irían a ese faro de ese cabo y yo me quedaría con mis nuevos y maravillosos amigos del pueblo.

No esperé ni a que mis padres terminasen de dormir la siesta. Salí del camping en la bicicleta bajo un sol demoledor. Menos mal que al llegar al pueblo por algunas calles había sombra. Me fui derecho al punto donde había encontrado el día anterior a *mis amigos*, pero no había ni rastro de ellos, es decir, no se veía un alma por la calle. La plaza estaba desierta, lo mismo que las calles adyacentes, lo mismo que la callejuela peatonal. Entonces comprendí que me había

adelantado mucho tiempo. Tendría que armar-me de paciencia. Y eso hice.

Busqué un banco a la sombra, apoyé la bici contra el respaldo y me tumbé a la bartola. Estaba duro, pero no había otra cosa mejor. Toda la plaza estaba pavimentada con grandes losas de piedra. Me preguntaba por qué no estaría cubierta de una alfombra de césped, con plantas llenas de flores y con arbolitos. Me acordé de mi padre, que siempre renegaba de los ayuntamientos que se están cargando las plazas de toda la vida por su afán desmedido de pavimentar.

Tuve que esperar dos horas, pero resistí. No me moví del sitio. Aguanté la dureza del banco y el calor que emanaba del suelo de piedra. Pero, como esperaba, tal y como había sucedido el día anterior, llegaron las cuatro motos. No hizo falta que sus conductores se quitasen el casco para reconocerlos. Eran ellos. Me acerqué corriendo. Nos saludamos. Me dio la sensación de que se alegraron al verme de nuevo.

Mi impaciencia, acrecentada por la larga espera, me hizo contarles mi plan sin rodeos.

Al principio, se sintieron desconcertados; pero poco a poco se fueron involucrando.

—Seguro que alguno de vosotros tiene una fotografía de Andrea en su móvil —les dije de sopetón—. Tenemos que sacar una copia en papel, enmarcarla y hacer otro monumento funerario en la cuneta de la carretera del acantilado, junto al de Fernando.

—¿Qué estás diciendo? —la pregunta de Luis parecía decir otra cosa, algo así como *¿te has vuelto loco?*

Entonces les expliqué cómo los sentimientos traicionan siempre a los seres humanos, sobre todo en situaciones extremas o inesperadas. Les aseguré que esto es un hecho que utilizan los mejores policías para descubrir a los culpables, aunque evité citar a mi madre. Estaba claro que Andrea había levantado ese monumento funerario con la foto de Fernando y que todas las tardes subía hasta allí para depositar un ramo de flores. Pues se trataba simplemente de darle una sorpresa de muerte. ¡Y nunca mejor dicho! Cuando subiese la próxima vez se encontraría

con otro monumento al lado del de Fernando, y en él podría ver su fotografía. La impresión tendría que ser muy grande a la fuerza. Seguro que quedaba desconcertada, confusa, descompuesta, y perdería al fin su sangre fría.

Todos nosotros deberíamos jugar un papel importante. Tendríamos que permanecer escondidos por los alrededores, vigilándola, pero cuando Andrea se encontrase en estado de *shock* nos plantaríamos frente a ella, como si cayésemos del cielo, y trataríamos de provocar su confesión.

Les conté todo mi plan de corrido y he de reconocer que les impactó, pues me escucharon con enorme atención y con un gesto de sorpresa reflejado en sus rostros. Cuando terminé mi relato se produjo un largo silencio. Pensé entonces que alguno tomaría la palabra para mandarme a paseo.

La primera reacción fue de Pilar. Sacó su móvil y se fue a la galería fotográfica. Estuvo pasando fotografías hasta que dio con la que buscaba.

—Aquí está la foto —dijo, y nos la mostró. Sí, era una foto perfecta de Andrea. Un primer plano. No había que retocarla.

—Podemos sacar una copia en la tienda del centro comercial —añadió Nacho—. Allí mismo podremos enmarcarla.

Luis miró su reloj.

—Son las seis. Andrea suele subir a las ocho a poner las flores. La he visto varias veces a esa hora. Debemos actuar con rapidez.

Los tenía a todos de mi parte. Lo confieso, me sentí importante.

Pilar dijo que debería dejar la bicicleta en su casa y moverme con ellos, en las motos. Era buena idea, lo reconozco. Ella vivía cerca de la plaza. Así que lo primero que hicimos fue dirigirnos hacia allí. Dejamos mi bicicleta en el patio de su casa, que era de planta baja, pintada de blanco, con verjas en las ventanas que daban a la calle. Ella se encargó de buscarme un casco, pues el de la bicicleta no me servía. Con un gesto, me indicó que subiese en su propia moto.

Para mí fue una experiencia nueva recorrer el pueblo sobre una moto, aunque fuese como paquete. Enseguida me di cuenta de que Pilar la manejaba con gran pericia y seguridad, sin olvidarse nunca de la prudencia: aminoraba la marcha al llegar a cualquier cruce, frenaba siempre con tiempo para evitar brusquedades, respetaba todos los pasos de cebra y no abandonaba la derecha de la calzada, salvo para adelantar.

El centro comercial estaba a las afueras del pueblo y, evidentemente, no era un centro comercial como los que hay en las grandes ciudades. Se trataba de un simple supermercado y algunas tiendas anexas, una de ellas de fotografía, la que nosotros buscábamos.

Sacar una copia en papel fue sencillo, lo mismo que buscar un marco. En unos minutos teníamos las dos cosas.

Luis volvió a mirar su reloj.

—Bien —dijo—. Ahora vamos para arriba.

—Antes pasamos por mi casa —comentó Inma—. En el trastero hay un crucifijo viejo. Quedará muy bien en el monumento.

—Buena idea —le dije.

Las cuatro motos partieron a la vez del aparcamiento del centro comercial y enfilaron la carretera que las llevaría hacia las curvas del acantilado. Yo me había vuelto a acoplar en la moto de Pilar.

Antes de comenzar a levantar el monumento mortuario junto al de Fernando, buscamos un lugar donde esconder las motos y donde poder ocultarnos nosotros. Por fortuna, la parte de terreno que no daba al acantilado estaba llena de arbolado y matorral, por lo que resultó fácil. Podríamos ver sin ser vistos. Lo ideal.

Después, nos aplicamos en el monumento. Al principio, un comentario de Nacho nos dejó paralizados unos instantes.

—Y pensar que por aquí cayeron Fernando y Laura, que en este lugar perdieron la vida...

Sí, era muy duro pensar en esas cosas. Pero ahora de lo que se trataba era de descubrir al culpable.

Fuimos amontonando piedras grandes, intentando conseguir una forma cónica, o piramidal. Cuando conseguimos una altura similar al de Fernando, colocamos la cruz encima, bien sujeta, y al frente la fotografía de Andrea.

Cruzamos la carretera para ver el efecto.

—¡Perfecto! —exclamó Pilar.

—Parecen idénticos —añadió Nacho.

Eran las siete y media. Aun nos había sobrado tiempo. Ahora lo que procedía era escondernos entre los matorrales y esperar. Si Luis tenía razón, Andrea llegaría pasadas las ocho. La espera no sería demasiado larga.

Encontramos un sitio ideal para camuflarnos.

—Quitad el sonido a los móviles —dijo Luis.

Buena idea. No había caído en ese detalle. No era cuestión de echarlo todo por tierra por culpa de una llamada inoportuna.

La mayor parte del tiempo permanecemos en silencio, mirando la carretera. Había muy poco tráfico. En realidad solo se internaban por allí los que querían contemplar el paisaje desde

arriba. Percibíamos con claridad el ruido de los motores antes de que llegasen los coches, sobre todo de los que subían, que lo llevaban más revolucionado.

Mis *amigos* tenían una capacidad asombrosa para distinguir el sonido de las motocicletas. Cuando detectaban alguna permanecían alerta, pero antes de que pudiésemos verla ya la habían descartado.

—Esa no es.

A las ocho y veinte, Luis reclamó atención y pidió silencio. Todos permanecemos a la escucha. Era un motor, sin duda, y se acercaba. Estaba subiendo.

—Esa puede ser —dijo Luis.

No se equivocó. Era Andrea. Creo que los cinco, instintivamente, contuvimos la respiración.

Ella no aparcó su moto en el lado de los monumentos funerarios, más estrecho, sino que cruzó la calzada aprovechando que no circulaba ningún vehículo, atravesó el pequeño arcén y se internó hacia los matorrales, donde

permanecíamos escondidos. Por un momento pensamos que nos había descubierto, pero enseguida comprobamos que solo estaba buscando una pequeña zona en llano. Ancló su moto en el terreno, se quitó el casco y levantó el asiento para acceder a un compartimento donde llevaba un ramo de flores. Con él en la mano se dispuso a cruzar la carretera y fue en ese preciso instante cuando lo vio. Primero, se detuvo en seco, como si hubiera visto un fantasma; después, se acercó hasta él. Masculló algo entre dientes que no pudimos entender. Comenzó a mirar a todas partes, como buscando al responsable. Agarró el marco con su fotografía, lo miró un instante y con rabia lo estrelló contra las piedras. Sentimos cómo el cristal se hizo añicos.

Entonces comprendí que había llegado el momento. Su estado de excitación habría alcanzado el grado máximo y eso significaba que su mente fría y calculadora habría quedado momentáneamente en segundo plano. Recordé una vez más las palabras de mi madre:

los sentimientos traicionan a todo el mundo, incluso a los asesinos.

—¡Ahora! —grité.

Los cinco, a la vez, salimos de nuestro escondite y avanzamos con resolución hacia Andrea.

—¡Habéis sido vosotros! —ella pretendía fulminarnos con su mirada de hielo.

Entonces, no sé por qué, tomé la palabra. Y lo hice con aplomo, hablando despacio, razonando todo lo que decía:

—Si tú eras la novia de Fernando, como me dijiste, también estás muerta. Creo que te ha perdido tu propia inquietud. Tenías una buena coartada, pero la tiraste por tierra cuando me seguiste con la moto, cuando me amenazaste y, sobre todo, cuando me mentiste. Ahora ya no tenemos dudas, tú eres la causante de...

—¡No! —gritó Andrea—. ¡Yo no quería que muriesen!

Observé que el semblante de Andrea había cambiado por completo. Había perdido toda su dureza y sus ojos, esos ojos que eran como dos

rayos, ahora estaban velados por una cortina de lágrimas. Creo que un buen policía —por ejemplo mi madre— se hubiese dado cuenta de que el acusado estaba a punto de derrumbarse. Por consiguiente, había que actuar con tacto, con mucho tacto. Hice un gesto a mis *amigos* para que no intervinieran, pues temía que pudieran estropearlo. Yo era el elemento nuevo, el desconocido, y eso jugaba a mi favor.

—Es posible que no quisieras que muriesen —dije.

Ella se volvió hacia el monumento funerario y contempló la foto de Fernando. Se agachó y colocó las flores que le había llevado, y que habían quedado desparramadas por el suelo.

—No, no quería que muriesen —continuó ella—. Lo juro.

—Entonces... ¿qué ocurrió?

Creo que ya no tenía fuerzas para seguir mintiendo. Permaneció unos segundos en silencio, quizá esperando que le llegase una especie de iluminación divina, una tabla de salvación, una burbuja de oxígeno...

—Yo no quería que muriesen, lo juro —repite—. Estaba furiosa, lo reconozco. Bajé tras ellos por la carretera, y lo hice deprisa, muy deprisa. Sé que me jugué el tipo, pues la moto me derrapó un par de veces. El suelo estaba muy mojado. Quería alcanzarlos, sobrepasarlos, dejarlos atrás... Solo eso.

Andrea volvió la cabeza hacia la carretera retorcida, hacia la cumbre. Un coche descendía en esos momentos. Al llegar a nuestra altura el conductor nos miró. Pensé que no debía darle tregua. No podía permitir que se recuperase, que fuese consciente de que sus sentimientos y sus remordimientos le estaban traicionando.

—¿Qué ocurrió después? —le pregunté.

—Los di alcance enseguida —prosiguió con el relato, y me di cuenta de que necesitaba contarlo, sacarlo de sí misma, desprenderse de su mala conciencia—. Ellos iban muy despacio. Me acerqué. Creo que no se dieron cuenta de que estaba detrás, a quince metros, a diez, a cinco... De repente, aceleré a tope y los adelanté. Pasé muy cerca de ellos. Fernando no lo

esperaba y se asustó, el suelo estaba mojado, la moto derrapó y sin control cruzó la calzada y... cayó por el acantilado. Frené enseguida y volví para auxiliarlos, para rescatarlos... Intenté descender por el barranco... Yo no quería que muriesen, yo no quería que muriesen, yo no quería que muriesen...

Después de su confesión, Andrea se derrumbó literalmente, es decir, se dejó caer al suelo, junto al monumento funerario que ella misma había levantado, y junto al que habíamos levantado nosotros para desenmascararla. Pero lo malo fue que el derrumbe de Andrea resultó contagioso y todos nos vinimos abajo. Nos mirábamos y no sabíamos que decir y, lo que era peor, cómo actuar.

Creo que todos, aunque permanecíamos callados, estábamos pidiendo a gritos la presencia de alguien con experiencia en estos temas, alguien que nos ayudase, que nos dijese lo que teníamos que hacer. Fue por eso por lo que saqué mi teléfono móvil e hice una llamada.

—Ya hemos vuelto de ese faro que estaba en aquel cabo... —comenzó mi madre a darme explicaciones—. Te hubiese gustado mucho, desde lo alto se veía...

—Necesito que vengas ahora mismo —la corté con brusquedad.

Ella notó algo en mi tono de voz.

—¿Qué ocurre, Paul?

—Ven ahora y te lo explicaré todo.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Seguro?

—Que sí.

—No me mientas, Paul.

—No te miento, mamá. Estoy bien, perfectamente; pero necesito que vengas ahora.

—Pero... ¿adónde tengo que ir? ¿Qué ha ocurrido? Me estás preocupando, Paul.

—¿Recuerdas el primer monumento funerario que vimos, el de la carretera llena de curvas del acantilado?

—Sí, claro.

—Pues estamos justamente aquí, en el mo-

numento. Ven ahora mismo, por favor, y no me preguntes más cosas. Cuando llegues te lo explicaré todo.

Mis padres llegaron en un santiamén. El coche lo conducía mi madre, y debió de hacerlo como si persiguiese al mismísimo Jack el Destripador.

Esto es todo.

En realidad no estoy seguro de que esto sea todo, es decir, de que haya llegado el momento de dar por concluida esta historia. No soy escritor, no tengo experiencia en estas lides.

Sí, esto es todo.

Creo que escribir más cosas sería redundancia. ¿Se dice redundancia? Además, el año pasado estuvo un escritor en el instituto dándonos una charla. Fue interesante. Yo me quedé con una frase que dijo: *Una buena novela es la que no cuenta todo.*

A mí la frase, al principio, me parecía una desfachatez, pues yo pensaba justo lo contrario, que una buena novela es la que cuenta todo, absolutamente todo. Pero ahora he comprendido

de verdad el significado de esa frase. No hay que contarle todo, que los lectores tengan siempre la última palabra.

Por consiguiente, no contaré nada más, de este modo tal vez consiga que, al menos, mi novela no sea mala.

Solo añadiré una cosa: mis nuevos amigos fliparon con mi madre.

—Eso es porque todavía no conocéis bien a mi padre —les dije yo.

Volvimos a vernos todas las tardes. Dejaba la bicicleta en el patio de la casa de Pilar y nos dábamos una vuelta con las motos. Me enseñaron todos los sitios bonitos de su pueblo y de los alrededores, que eran muchos. Yo siempre llevaba una cámara fotográfica y me hartaba de hacer fotografías: el mar, el cielo, Pilar, las montañas, los acantilados, Pilar, las huertas, los árboles frutales, Pilar... Ella empezó a gustarme, pero sabía que no tenía nada que hacer; me sacaba dos años y, como ya dije en algún lugar de esta historia, a mi edad dos años son una eternidad.

¡Ah! También decidimos escribir una carta al ayuntamiento, para que ellos la trasladasen a quien correspondiese. Hacía referencia a la carretera del acantilado. El firme estaba en buen estado y las señales avisaban correctamente de los peligros que podían sobrevenir, sobre todo curvas muy cerradas o desprendimientos; también estaba correctamente pintada, con las rayas en el centro y en los laterales, dejando pequeños arceles. Aquella carretera solo tenía un problema y de no haberlo tenido sería muy probable que Fernando y Laura estuviesen vivos: carecía de quitamiedos.

Para quien no lo sepa, quitamiedos son elementos de protección vial pasiva, colocados a ambos lados de la vía para, sobre todo en zonas peligrosas, evitar que los vehículos se salgan de la carretera, suelen llevar reflectantes para que se vean bien por la noche. Eso sí, pedimos que los quitamiedos fueran de los que protegen a los motoristas, con placas de material deformable que absorban los golpes y que impidan que los accidentados se cuelen por

debajo. Algo tan simple como un quitamiedos habría salvado la vida de dos jóvenes.

Como podrán comprobar los lectores, nos documentamos bien a la hora de escribir esa carta al ayuntamiento. Confío en que no haya caído en saco roto.

Unos días después regresamos a Madrid. Mi madre dijo que, a pesar del *susto* que yo le había dado, las vacaciones le habían sentado de maravilla. Mi padre también estaba muy contento, pues de regreso pasamos por otros dos monumentos funerarios en las cunetas, eso sí, tuvimos que desviarnos un poco de ruta, salirnos de la autovía y circular un buen trecho por una carretera estrecha y con curvas. ¡Otra vez! En las autovías y autopistas se va más deprisa, pero la gente se mata en las carreteras secundarias. Es algo que he aprendido y que no creo que olvide nunca.

Nada más llegar a Madrid telefoneé a Ekaterina, *La Rusa*. Me dijo que había empezado a salir con Víctor. ¡Lo que me temía! Por culpa del viaje le dejé el terreno libre, y el muy cerdo

lo aprovechó. Le voy a decir cuatro cosas cuando lo vea.

Pero tengo que reconocer que volvería a hacer el viaje con mis padres a ese pueblo de la costa, aunque volviera a perder a Ekaterina. Sí, ha merecido la pena.

Y a pesar de lo que pueda parecer, sigo con la duda. La pregunta me persigue a todas partes: ¿policía o fotógrafo? Algún día espero encontrar la respuesta, aunque, como ya dije al principio, es posible que no me decida ni por una cosa ni por la otra. Pero... ¡qué demonios!, los dos me gustan.

Madrid, verano de 2013

FUNDACIÓN MAPFRE

www.circulando.es
www.fundacionmapfre.org



«Nadie me consultó a la hora de programar lo que llamaban unos días de vacaciones. Al decir nadie, como es natural, me refiero a mis padres. No me apetecía pasar unos días de vacaciones tan pronto, con el verano recién estrenado. Ninguno de mis amigos se había marchado aún y, lo que era peor, estábamos haciendo planes para pasarlo de miedo sin salir del barrio.»

Pero Paul, el protagonista de esta historia, no sabía que esas vacaciones le deparaban una serie de acontecimientos inesperados, además del encuentro de un nuevo grupo de amigos.

de 12 a 16 años



9 788498 444438